Narraciones populares
“La epopeya de Baïbars”

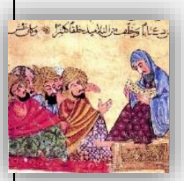
E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

LAS INFANCIAS DE BAÏBARS

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

Archivo de la frontera

Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales



Del "Roman de Baïbars"

I -Las infancias de Baïbars

Capítulo 27

27 – Los palafreneros

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 16-09-2016
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

27 – "LOS PALAFRENEROS"

El sirviente del visir Shâhîn había llevado el caballo loco y se lo había dejado a Oqereb, diciéndole:

- Lo hemos encontrado vagando solo por el campo.

Oqereb, muy contento, dijo a su banda:

- A estas horas, Baïbars debe estar en treintaiséis pedazos, ¡ese pequeño ojo el culo pretencioso! ¡Qué se creía! ¿Que Oqereb iba a dejarle salirse con la suya? No sabía ese pedazo de imbécil que un palafrenero jamás deja pasar una venganza. ¡Vamos, muchachos! ¡Colocaos para la *dabkeh*[1]! ¡Haced una buena fiesta, cantad, divertíos! ¡Hoy tengo el corazón alegre y deseo moverme!

Y de inmediato, los palafreneros se pusieron a cantar, y Oqereb a danzar. Pero de pronto, escucharon el ruido de los cascos de un caballo, el de Baïbars, que se acercaba.

- ¡Eh! -gritó Oqereb-. ¡Es un auténtico diablo! ¡Eh, muchachos, aquí está el soldado, parad! ¡Por el Profeta! ¡Mi gozo en un pozo!

Mientras tanto, Baïbars había echado pie a tierra.

- ¡Ven aquí, Oqereb! ¡Maldito, has pretendido matarme, asqueroso bastardo!

Oqereb intentó darse a la fuga, pero Baïbars, de un golpe con el *lett* de Damasco, lo tiró al suelo y se dispuso a darle una paliza.

- ¡Eh, buena gente! –aullaba Oqereb-, ¡venid a ver a este soldado que me está golpeando sin que yo le haya hecho nada!

- ¡Maldito! –repuso Baïbars-, ¿Qué cosa peor y más grave podías haber hecho que darme un caballo loco con un arnés trucado?

- ¡Y qué, soldado! ¡Yo no soy tu palafrenero, yo sólo sirvo a un amo; a mí mismo, y no a dos!

- Está bien, entonces dime dónde puedo hacerme con un palafrenero.

[1] Una suerte de danza popular festiva y guerrera.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Eh, tú, que la peste te lleve! –le espetó Oqereb-, ¿Es que te has creído que los palafreneros son unos *maniuks*[1] como tú? ¿Que se pueden comprar?

Ante estas palabras, Baïbars se echó a reír a pesar de su cólera.

- Entonces, dime adonde puedo encontrarlos, Oqereb, y que Dios borre lo que ha pasado.

Y le dio unas monedas de oro añadiendo:

- Todo lo que me hiciste y lo que yo te devolví es cosa ya del pasado. Declaremos la partida nula y empecemos de cero. Ahora dime adónde puedo encontrar palafreneros.

- Eh, soldado, los palafreneros son una especie que vive de la misericordia de Dios y son unos piojosos muertos de hambre. Toman lo que buenamente les ofrecen y dan las gracias. Se colocan al servicio de soldados de tu estilo, de los que tienen la mano generosa, pertenecen a buenas familias y son honrados.

- Pues bien, entonces, dime dónde los puedo encontrar –dijo Baïbars.

- De esos, sólo los hay en El Cairo, soldado –respondió Oqereb-. ¿Acaso has visto alguna vez en tu vida a un palafrenero que no sea de El Cairo? Todos los palafreneros son del Cairo, y tú, hoy, estás en El Cairo. Pues bien, has de saber, soldado, que en esta ciudad tenemos tres cuerpos de palafreneros: los Junfus en Al-Radaniyyeh; los Haydab en Bab Zueîleh, y los Rihân en El-Remeîleh. Coge una rama verde, entra en la jayma, te acercas al sheyj de la corporación, le das los buenos días; él te responderá, entonces tú le entregas la rama y le dices: "¡Yo recito la fâtiha por ti, *osta*[2]! Necesito un palafrenero."

- Hoy es muy tarde –respondió Baïbars-. Lo dejaré para mañana por la mañana.

- Escucha, soldado –dijo Oqereb-. Tú me has dado una buena propina, así que hacemos las paces y además te voy a dar un consejo. Si lo que quieres es un palafrenero que esté realmente bien, un mozo fuerte, cuando estés delante del sheyj de los palafreneros, y te pregunte: "¿Cómo quieres tu palafrenero?". Tú has de responderle así: "Quiero un palafrenero que sea *tâyín jawanki*". ¡Acuérdate!

- Así lo haré –respondió Baïbars.

Tras esta conversación, Baïbars subió a su cuarto, en donde paso la noche. A la mañana siguiente, se levantó, hizo las abluciones, rezó y recitó las invocaciones; se vistió, cogió una buena suma de oro y un puñado de calderilla, y bajó hasta los establos.

---

[1] Apodo popular que se daba a los mamelucos, y que significaba "sodomita".
[2] *Osta*: palabra turca que significa "jefe", y que es el título que en general reciben los palafreneros.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Ven aquí, Oqereb! –le llamó Baïbars.

- Aquí estoy, soldado, buenos días mi príncipe, ¡que Dios te haga prosperar en todo momento!

- Ensíllame un caballo –ordenó Baïbars.

- ¡Escucho y obedezco!

Entró en las caballerizas y le ensilló el caballo que le había regalado el visir Shâhîn. Esta vez, Baïbars comprobó bien las cinchas y los estribos antes de subirse a la silla; vio que estaban firmemente sujetas.

- Parece que ahora obras rectamente –dijo Baïbars, y le dio cinco monedas de oro.

- ¡Que Dios te las multiplique, soldado, y que el Señor te de muchas más! ¡Vete en paz y que Dios te proteja!

Luego, Oqereb se volvió hacia los otros palafreneros y añadió:

- Ah, muchachos, me da en la nariz que este soldado no es hijo de un don nadie, es un buen tipo. Pero de todos modos, sus golpes son amargos como la hiel.

- ¡A la fuerza, jefe! ¡Como buen hijo de turco, es de los que reparten mamporros a diestro y siniestro!

Mientras tanto, Baïbars ya había montado en su estupendo caballo de espléndido enjaezado. Baïbars iba magníficamente vestido y su rostro resplandecía como la luna llena, con unas mejillas que parecían rubíes de gran precio. La gente del Cairo se paraba y hacía cola para mirarle.

- Eh, Hâŷ Mansúr, ¿cómo te va esta mañana? –preguntaba uno.

- Como el pan con nata –respondía el otro-. ¡Qué día tan bendito! ¡Que la plegaria sea sobre el Profeta, esto es para perder el juicio!

- ¡Jamás había visto a la luna brillar en pleno día! ¡Ay, piedad, por el amor del Profeta!

- ¡Ah, si pudiera ser yo su pañuelo! –suspiraba otro.

- ¡O la brida de su caballo! –añadía un tercero.

Así iba murmurando la gente, cantando la belleza y el encanto de Baïbars, que a su vez, iba preguntando por el camino cómo llegar antes que nada a El-Radaniyyeh. A todos los que preguntaba, le respondían:

- ¿Y qué vas a hacer a El-Radaniyyeh, Señor?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Voy a buscarme un palafrenero.

- Pues que Dios te proteja, soldado, -exclamó otro-. ¡Ah, qué mala suerte, si por mi fuera, yo me pondría a tu servicio, y hasta de tus camellos me ocuparía!... Bueno, corazoncito, por allí es el camino. Ve, ¡por el amor de la *Hassibeh*[1]!, ¡y que el Buen Dios te proteja del mal de ojo de bastardos y malnacidos!

Y de ese modo, Baïbars acabó por llegar finalmente a su destino. Allí vio una gran extensión baldía, y en medio una jayma. Los palafreneros estaban sentados allí. En cuanto llegó, uno de ellos se levantó, fue a su encuentro, cogió su caballo y le dijo:

- ¡Bienvenido sea el astro de las noches, que al fin ha aparecido! Tu visita nos honra, soldado. ¡Salud! Pasa y mira a ver qué necesitas.

Baïbars entró; vio al sheyj de los palafreneros sentado en el lugar principal, rodeado de unos tíos.

- ¡La paz sea con vosotros! –dijo Baïbars.

- Y contigo sea, soldado –respondieron.

Baïbars avanzó hasta el sheyj de los palafreneros y le dio la rama verde, tal y como le había indicado Oqereb, para respetar así la tradición de los palafreneros, sus *yôl*[2]; luego dijo:

- ¡La *fâtiha* para el Profeta!

Después de que hubieran recitado la fâtiha, el sheyj tomó la palabra:

- ¡Y bien, soldado, tu llegada es una bendición! ¡Ey! ¡Traedle un asiento! –y se lo llevaron.

- Ponte cómodo, Señor.

- ¡Eh, muchachos, una taza de café para el soldado! –y le sirvieron un café.

- ¡Bienvenido seas, soldado, bienvenido seas! ¿De dónde vienes con esa pinta?

- Del Cairo –respondió Baïbars.

- ¡Eso ya lo sabemos, que vienes del Cairo! pero ¿de qué Casa?

- De la Casa de Najm El-Dîn.

[1] Santa protectora de El Cairo.
[2] Palabra turca que significa “costumbres”.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Ah, muy bien!

Pero en ese momento, Baïbars había olvidado las palabras que Oqereb le había soplado: “tâŷin jawanki”.

- De acuerdo –repuso el sheyj-. ¿Dónde estás, Hâŷ Jalaf?

En esto, que avanzó un hombre tuerto, de altura desmesurada, aspecto sombrío, y de barba rala y descuidada.

- Soldado, mira a ver si éste te conviene.

Baïbars lo observó atentamente y comprendió que aunque él estuviera a caballo; el otro de pie a su lado, aún le sobrepasaría toda una cabeza.

- ¡No, no! –dijo-. ¡No quiero uno así!

- ¡Ven, Owayda!

Y allí se presentó un cojo, con una papada que casi le colgaba hasta el suelo.

- ¡No, *bâba*, no! No quiero ese.

- ¿Dónde estás, Toeymeb Abu Fazmeh?

Y ahí que llegó un manco.

- Tampoco me vale éste –dijo Baïbars.

- ¡Ven aquí, Hâŷ Mustafa!

Y se presentó un jorobado.

- Eh, soldado –dijo el sheyj- ¡éste es un buen palafrenero!

- ¿Sólo tienes esos? –preguntó Baïbars.

- De momento no tengo otra cosa.

- Pues no me conviene ninguno.

- Entonces, prueba suerte y vete a ver a los de los Haydab.

Baïbars sacó su bolsa y les dio a todas unas monedas de plata, y al sheyj, una de oro.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Que el Buen Dios te lo devuelva, soldado, y que te otorgue cuanto desees y regocije a tu corazón! –dijo el sheyj, que levantándose, le trajo el caballo personalmente.

Baïbars se montó, los otros le dijeron adiós, y se fue todo recto a Bab el-Zueileh y a Qutb El-Metwalli. Allí vio una gran jayma, y a su alrededor estaban los que buscaban trabajo y los "ociosos" (es decir, los tipos de malvivir) Cuando Baïbars se acercó, todos se levantaron y fueron a su encuentro; puso pie a tierra y se presentó ante el sheyj de los palafreneros; le saludó, el otro le devolvió el saludo; le tendió la rama verde, recitaron la *fâtiha*, como era costumbre.

- ¡Saludos, soldado! ¿Qué quieres? –preguntó el sheyj.

- Un palafrenero, ¡pero uno bueno!

- Muy bien. Toma asiento y bébete el café.

Baïbars se sentó, le trajeron una taza de café y el sheyj llamó al primero.

- ¡Ven para acá, Rahab!

Y allí apareció un individuo legañoso y sin pestañas; tenía la cara lívida, como la de un leproso, y la boca torcida.

- No quiero éste –dijo Baïbars.

- ¡Ven, Wazwaz!

¡Éste llevaba una gran barba, y tenía una nariz tan enorme, que bien podría servir de minarete! Y por si fuera poco, tenía unos ojos rojos y saltones como platos; ¡una auténtica visión de pesadilla!

- Tampoco quiero éste –dijo Baïbars.

- ¡Acércate, Abu Wafteh!

Éste tenía una nariz chata, una cabeza enorme y un cuerpo esmirriado; rostro ceñudo, sombrío y picado de viruelas.

- Éste aún menos –añadió Baïbars.

Le presentaron aún a diez palafreneros más, pero no le gustó ninguno de ellos.

- ¿De dónde vienes, soldado? –preguntó el *osta*.

- De la Casa de Najm El-Dîn.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Ah, bueno! habérmelo dicho antes, soldado. ¡Para cada trabajo siempre hay un hombre capaz de ocuparlo; no hay trigo, por muy malo que sea, que no encuentre una medida tan torcida como él! Escucha, soldado, debes saber que los Junfus, con los que acabas de estar, son los palafreneros de los comerciantes adinerados y de los que mercaderes de caravanas. Nosotros, los Haydab, somos los palafreneros de los altos cargos y oficiales de la Administración. Pero los palafreneros de visires y soldados, hay que ir a buscarlos adonde los Rihân, a casa de Abu El-Jeir, jefe de los palafreneros del rey Sâleh. Así que, sin que te lo tomes como una orden, vete rápido adonde te he dicho, y allí encontrarás lo que buscas.

- Que Dios te recompense mil veces, padre mío –dijo Baïbars.

Luego, sacó su bolsa, distribuyó monedas de plata entre los palafreneros y ofreció una de oro al *osta*.

- ¡Que Dios te conceda por siempre prosperidad, soldado, marcha en paz! –añadió el *osta*-. Traedle su caballo, porque ya se va.

Los palafreneros fueron corriendo a traerle el caballo; Baïbars montó, y se dirigió hacia Reimeileh y Qara Mîdân. Allí encontró un vasto terreno, sobre el que Baïbars enorme jayma. Los palafreneros estaban todos reunidos allí, y por cierto, muy ocupados en danzar la *dabkeh* y en montar una parranda de las que hacen época.

Los juerguistas se precipitaron hacia Baïbars, gritando:

- Bienvenido, soldado, que Dios te haga prosperar esta mañana, y a cualquier hora. ¡Ah! ¡qué cara tan resplandeciente! ¡Por el Profeta, qué buena suerte tenemos esta mañana, de ver esas mejillas en las que se podrían coger rosas!

Baïbars bajó de su caballo; se lo cogieron y fueron a dejarlo en un apartado. Luego, entró en un pabellón y vio a Abu El-Jeir sentado al fondo. Era un hombre de tez clara y luminosa, con una barba que parecía de plata fina. Llevaba un cinturón espléndidamente adornado y bien podría haber pasado por un visir: “la virtud es algo muy visible y los hombres de bien se reconocen por signos que no engañan.” El botón de la plegaria brillaba sobre su frente, grueso como un dátil. Baïbars le saludó.

- ¡Y que la paz sea contigo, la misericordia de Dios y Sus bendiciones –respondió el otro-. Bienvenido seas, soldado. ¡Eh, muchachos, traedle un asiento!

Baïbars se sentó, y el otro ordenó que le sirvieran café, y se lo bebió.

- Y bien, Señor -dijo entonces Abu Al-Jeir- ¿Qué deseas?

- Necesito uno de tus palafreneros, ¡pero uno bueno!

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Ah, eso es fácil! Ven aquí Hâŷ Awwâd.

Y allí llegó un hombre entrado en años, ya habría cumplido con creces los sesenta; sufría de asma y al respirar emitía unos silbidos que parecían ronquidos, como si alojara mil enemigos en sus pulmones.

- A éste no lo quiero –dijo Baïbars.

- ¡Ven aquí, Hâŷ Sultán!

Este otro era de catadura pálida y enfermiza, como si hubiera guardado cama durante un año. Así que Baïbars, tampoco lo quiso.

- ¡Ven aquí, Hâŷ Nôfal!

Y se presentó un hombre delgado y escuálido, con el cuello hundido en los hombros y el rostro completamente barbilampiño. Tendría más de setenta años y ni un solo pelo en la cabeza.

- No, ni hablar –dijo Baïbars.

Aún le mostraron cuatro o cinco más, que tampoco le convinieron.

- Entonces, soldado, ¿qué tipo de palafrenero quieres? –preguntó Abu el-Jeir.

En ese momento, Baïbars se acordó de repente de la frase que Oqereb le había recomendado que dijera, y respondió:

- ¡Uno que sea *tâŷín jawanki*!

- ¡A tus órdenes! –repuso Abu El-Jair, que agachando la cabeza, susurró a uno que tenía al lado:

- Ya se nota, ya, de qué ralea es este soldado. Si los peces se comen entre ellos, ¿qué va a comer el pescador? Ay, ¡qué corrompido está el mundo. En fin, ¡sólo Dios es Todopoderoso, el Altísimo, el Justiciero! Eh, chicos, el chaval que vino esta mañana, el pequeño vagabundo, ¿todavía anda por ahí?

- Sí, *osta* –respondieron.

- ¿Dónde estás muchacho, Mohsen, dónde estás? –llamó Abu El-Jeir.

Entonces se acercó un adolescente de largos cabellos y ojos pintarrajeados; al andar movía las caderas y se contoneaba como un experimentado profesional. Hacía mohines y sonreía, balanceando graciosamente el pecho y agitando el trasero.

- ¡Aquí tienes lo que has pedido, soldado! –Dijo Abu El-Jeir.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Al ver aquello, Baïbars estuvo a punto de perder el juicio.

- ¡¿Pero qué es esto?! –gritó Baïbars.

- ¡Pues el *tâŷín jawanki* que has pedido!

- ¡*Iôq, bâbâ; iôq estmâz*[1]! –exclamó Baïbars.

- Bueno, pues entonces dinos de verdad qué es lo que quieres, porque ya no sabemos qué podemos hacer por ti, soldado.

- Lo único que yo quiero es un hombre joven y fuerte, que sea valiente, y que no se ponga a contar enemigos cuando su mano enarbole un garrote. ¡Eso es lo que quiero!

- ¡Pero es que tú nos has pedido un *tâŷín jawanki*! Y justamente eso es lo que es este Mohsen.

- Padre mío –repuso Baïbars-, yo creía que *tâŷín jawanki*, en vuestra lengua, quería decir un hombre valeroso.

- ¡Pero qué dices, soldado, ni hablar! Un *tâŷín jawanki* es un hombre que hace de mujer!

- No tenía ni idea; no sabía nada de eso –respondió Baïbars, que por fin había comprendido-. Fue el palafrenero de Najm El-Dîn quien me enseñó estas palabras.

- ¿Oqereb?

- Sí.

- ¡Ay, bestia inmunda! –se lamentó Abu El-Jeir-. Ese tipo es un miserable, una plaga para la humanidad. Te ha querido jugar una mala pasada, soldado; ¡lo que ese tipejo quería era que le llevaras un muchacho para divertirse a tus expensas!

- Pero ¿es que no tenéis un bravo joven que sea como te he dicho?

- Espera dos o tres días, y te encontraremos uno.

[1] En turco: ¡No, padre, ni hablar!

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Con este capítulo concluye el libro dedicado a “Las infancias de Baïbars”.

En el siguiente volumen el narrador nos introduce a uno de los personajes que vivirá las mayores aventuras junto a Baïbars: el que será su escudero, conocido en el hampa cairota con el apodo de “Flor de truhanes”…

VOLUMEN II de “LA EPOPEYA DE BAÏBARS”

II - FLOR DE TRUHANES

Próximamente en www.archivodelafrontera.com

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6